

Tercera carta abierta a Andrés Manuel López Obrador

Querido Presidente:

Antes de que las mañaneras, la velocidad de la realidad y la inmediatez de los medios oculten lo que el atroz crimen de la familia Le Barón puso de nuevo ante la conciencia nacional: nuestra casa ensangrentada; antes de que tengamos otra tragedia que vuelva a sacudirnos, te escribo.

Durante tu campaña, Presidente, prometiste hacer de la verdad, la justicia y la paz la agenda de la nación. Por desgracia la dejaste a un lado, para poner en su lugar otras que carecen de sentido cuando el país está en llamas. A fuerza de reducir la erradicación de la violencia a abrazos y no balazos, y a un puñado de programas sociales destejidos de una verdadera y profunda política de Estado en materia de Justicia Transicional, la consecuencia de los abrazos es la misma que la de las balas: sufrimiento, indefensión y muerte. No se trata, como dijo Jacobo Dayán, de cuántos balazos o cuántos abrazos hay que dar para detener el horror. Las dos estrategias están equivocadas. Se trata de saber cuánto Estado se necesita para construir la justicia y la paz, y eso implica políticas de Estado profundas que tú, Presidente, prometiste hacer y no has hecho.

Contra ello, te aferras a tu estrategia y pides paciencia. Pero los ciudadanos que padecemos todos los días, desde hace años, las consecuencias de la violencia, que vemos cómo sus llamas consumen nuestra casa y destrozan a nuestras familias, te decimos que ya no hay tiempo.

Hace un año dijiste que gobernarías para todos y que juntos haríamos historia. Hace un año dijiste que la agenda fundamental de la nación sería la paz, la justicia y la seguridad. Hace un año, por lo mismo, nos firmaste un pagaré para que eso, que nos han robado los criminales y el Estado, nos fuera devuelto. Después de un año –con 30 mil asesinados que se suman a las centenas de miles de asesinados y desaparecidos de las otras administraciones, y con la masacre de los Le Barón– nos han devuelto el cheque con un sello que dice “fondos insuficientes”.

Pero muchos mexicanos nos negamos a creer que el banco de este gobierno está quebrado, que las bóvedas del Palacio Nacional y de los palacios de gobierno no tienen fondos y están vacíos, saqueados por el crimen organizado y sometidos como nuestros

caminos, nuestras calles, nuestras instituciones. Por ello voy a caminar de nuevo con lo único que tengo, mi dignidad, mi rabia y mi palabra, para decirte a ti y a los que quieran escuchar que la casa de todos sigue en llamas, que debemos abandonar el hábito –que nos inoculó la violencia—de insultarnos, descalificarnos, difamarnos, polarizarnos; que debemos sacudirnos la indiferencia bovina a la que, a fuerza de horror y miedo nos está reduciendo la violencia, hasta normalizar el crimen, y que sólo unidos podemos hacer posible lo único que importa: la verdad, la justicia y la paz.

Voy a caminar para recordarnos y recordarte, Presidente, la imperiosa urgencia del ahora. Este no es momento para tomar el tranquilizante del gradualismo que nos pides. Nos están matando, desapareciendo, violentando de maneras cada vez peores. Es momento de cambiar la estrategia por una a la altura de la emergencia nacional y la tragedia humanitaria que padecemos. Sabes de sobra, Presidente, que hay los elementos para hacerlo. Se pusieron sobre la mesa. Lo que falta es la humildad del que escucha y la voluntad política de quien gobierna. Sin el suelo de la verdad, la justicia y la paz –que pasa también por el respeto a las autonomías, a los pueblos indígenas y el fortalecimiento de las localidades– no habrá historia ni democracia, sino odio, sangre, fosas, fuego y cenizas.

Voy a caminar para pagar una deuda con Julián Le Barón que, con su dolor a costas caminó por las justicia, la paz y el sufrimiento de todas las víctimas de la nación, una deuda que crece en el país.

Voy a caminar (pronto te diré el día) hasta el Palacio Nacional, hasta tu casa, la casa de todos, para cobrar el cheque que nos debes y el beso que me adeudas.

Cada caminata, decía Thoreau, es una especie de cruzada que alguien predica en nuestro interior para que nos pongamos en marcha a rescatar la tierra de quienes la destruyen; es purificarse y purificar el camino; es negarse a aceptar que la patria se convierta en el rastro o el campo concentracionario al que el crimen, el miedo, la división, la sordera, las balas, el odio y la mentira quieren reducirla. Puedes recibirme o hacerme el vacío; puedes escucharme o descalificarme; puedes volver otra vez el rostro o darme el beso que nos hermana, puedo llegar solo o acompañado. No importa. Voy porque aprendí de Albert Camus que el poeta sólo se justifica a condición de que acepte, tanto como pueda, las tareas que constituyen la grandeza de su vocación: el servicio a la verdad, a la justicia, a la dignidad y a la libertad, y puesto que su tarea es mantener vivo el sentido no puede acostumbrarse a la mentira ni al sufrimiento. A pesar de mis flaquezas, la nobleza de mi oficio me obliga a caminar de nuevo para resistir y buscar otra vez, con quienes quieran, la verdad, la justicia y la paz que un día yo, tú y las víctimas acordamos, que olvidaste y que nos debes, nos debemos y te debes, Presidente.

Vivimos tiempos de terror y signos de esperanza. Nosotros, pocos o muchos, no importa, hemos decidido darle la espalda al terror y caminar hacia ella. Tú qué decides, Presidente. ¿Caminarás rumbo al horror que tus primeros pasos han transitado o rumbo a la esperanza a la que un día nos llamaste y a la que hoy esta nación ensangrentada nos convoca?